

Capitulares

Julien Gracq

Ficha de filiación de los personajes de mis novelas:

Época: cuaternario reciente.

Lugar de nacimiento: sin precisar.

Fecha de nacimiento: desconocida.

Nacionalidad: fronteriza.

Parientes: lejanos.

Estado civil: solteros.

Niños a su cargo: ninguno.

Profesión: sin.

Actividades: de vacaciones.

Situación militar: marginal.

Medios de existencia: hipotéticos.

Domicilio: no habitan jamás en sus domicilios.

Residencias secundarias: mar y bosque.

Coche: vehículo de propulsión secreta.

Yate: góndola o lancha cañonera.

Deportes practicados: soñar despiertos... noctambulismo.

Podría dedicar tal vez alguna tarde de lluvia a buscar los poemas en los que Valéry –bajo el barniz de un tono perfectamente uniforme– se divierte ensayando súbitas acrobacias sobre lo que son chistes de estudiante: por ejemplo, en el verso final de *Interior*

Et de la raison pure épargne l'appareil

pues la parte chistosa y bribona, el brusco giro encabritado –que tan evidentes son en su obra, y al cabo, tan simpáticos– están lejos de ausentarse de sus versos. Los comentaristas solemnes deberían inquietarse más a menudo por ese guiño de ojo azul que brilla de tanto en tanto, apenas un parpadeo. En este hombre endiablado, el relámpago de malicia nunca se halla muy lejos. Sus poemas están llenos de discretos codazos orientados en la dirección de los *happy few*.

En tanto que poeta, Valéry no tiene demonio. Como prosista, no deja de ser, si se quiere, el coloso del pensamiento de tarjeta postal. Con esto no pretendo hacerle de menos. Releo *Rhumbs*, y no sé qué impresión de cálida y traviesa delicadeza ofrecen al lector estas reflexiones azarosas: advertimos el brillo del ojo azul, nos sentimos en confianza, sin importar nuestro origen, como si sintiéramos que alguien nos propina discretos codazos. Hay una llaneza certera, admirable y socrática en el *habitus* de esta gran inteligencia.

No hay demonio, y con razón. Se trata del espíritu más mefistofélico de nuestra literatura. Es decir: ante todo, es el compañero que nunca cansa. Y como Mefistófeles, nunca hace nada malo. A su modo, es un amigo del hombre: el hombre es su bestia favorita. Sentimos que la estupidez, la astucia, la vitalidad del *pequeño dios del mundo* le excitan como el primer día.

Escritores ante los cuales, a propósito de su primer libro, la crítica vacila: no al hablar de lo más o menos conseguido, de las dosis respectivas de logros y defectos, sino de ese concepto, mucho más serio, que en deportes llamamos *categoría*: escritor o peso pluma, percherón o pura sangre. Al segundo o tercer galope de prueba nos decidimos: y hacemos una marca en la cola o en la crin, para simplificar.

Hemingway: si tuviera que escribir un estudio sobre él, lo titularía *Del don considerado como límite*. Pone en marcha un diálogo con la misma seguridad con que Sacha Guitry entra en escena: sabe que nunca nos aburrirá; mancha el papel con la misma naturalidad con que otros bajan las escaleras. Su mera presencia nos hechiza; luego salimos a fumar y dejamos de pensar en él. Esta suerte de talento, repetido de libro en libro, no admite incubación ni maduración, ni riesgo ni derrota: no es más que un entreacto.

En la caza de la palabra justa, dos razas: la de los pajareros y la de los ojeadores: Rimbaud y Mallarmé. El porcentaje de logros de los segundos es invariablemente mayor, su rendimiento tal vez no admita comparación... *pero jamás regresan con piezas vivas*.

A menudo me ha tentado preguntar a otros escritores de teatro —y saber así su respuesta de viva voz— si habían tenido con su primera obra (o quién sabe si con las siguientes) la misma curiosa experiencia que yo. Hará unos quince años, a punto ya de estrenar una obra, yo seguía los ensayos con un interés muy vivo. Pero el día en el que el primer ensayo general *con vestuario* liberó sobre el estrado su carga de disfraces y telas pintadas, un pánico desatado, glacial, se apoderó de mí al instante: tuve que agarrarme con